

## Conclusión general

Bernardo Sorj  
Danilo Martuccelli

SciELO Books / SciELO Livros / SciELO Libros

SORJ, B., and MARTUCCELLI, D. Conclusión general. In: *El desafío latino-americano: cohesión social y democracia* [online]. Rio de Janeiro: Centro Edelstein de Pesquisas Sociais, 2008, pp. 239-256. ISBN: 978-85-7982-079-3. Available from SciELO Books <<http://books.scielo.org>>.

---



All the contents of this chapter, except where otherwise noted, is licensed under a Creative Commons Attribution-Non Commercial-ShareAlike 3.0 Unported.

Todo o conteúdo deste capítulo, exceto quando houver ressalva, é publicado sob a licença Creative Commons Atribuição - Uso Não Comercial - Partilha nos Mesmos Termos 3.0 Não adaptada.

Todo el contenido de este capítulo, excepto donde se indique lo contrario, está bajo licencia de la licencia Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-CompartirIgual 3.0 Unported.

## CONCLUSIÓN GENERAL

Los capítulos anteriores indican que en América Latina actúan por un lado las mismas tendencias que atraviesan las sociedades capitalistas contemporáneas, pero con las características dadas por su historia, el grado de desarrollo económico y las estructuras sociales, pero también, y por otro lado, que la región vive un proceso específico al calor de la dialéctica entre las expectativas y las iniciativas de los actores sociales, en un marco de democratización generalizada de las relaciones sociales. Es en el ámbito de esta doble realidad analítica como debe entenderse el desafío que la cohesión social plantea hoy a las instituciones y a la política.

### **América Latina: similitudes estructurales comparativas**

¿Cuáles son las tendencias que la región comparte con otras latitudes y que fueron aceleradas por el impacto del fin del comunismo, los nuevos procesos de globalización, las transformaciones en los sistemas productivos y las nuevas tecnologías de la información y la comunicación? En forma resumida, pueden ser conceptualizadas como *individuación*, *des-diferenciación* y *des-institucionalización*.

La individuación designa por lo general el estudio de los grandes procesos históricos que moldean la producción de los individuos en la modernidad, que en la época contemporánea se caracteriza por una acentuación de las singularidades individuales y por una transferencia creciente hacia los individuos de las decisiones sobre su lugar en el mundo, sus estrategias de sobrevivencia y sus negociaciones con su entorno social sin reglas o sistemas normativos claramente establecidas a priori. La ampliación del campo de la

acción individual no significa empero que las instituciones dejaron de funcionar. Al contrario, dado el debilitamiento de las normas, valores y lazos tradicionales de solidaridad, la regulación pública, las políticas sociales y las relaciones contractuales formalizadas han pasado a ser exigidas en esferas que anteriormente eran consideradas del ámbito de la vida privada, judicializando en forma creciente las relaciones sociales.

En América Latina esta individuación adquiere características propias que mencionamos en capítulos anteriores y a las cuales debemos sumar las características del mercado de trabajo, donde las posiciones y los roles sociales de los individuos son menos unívocos que en otras sociedades. Si bien no tuvimos oportunidad de profundizar en el libro el tema del mundo del trabajo se trata de una dimensión fundamental. La pluri-actividad es práctica común en muchos países de la región, sobre todo en las capas populares pero también entre sectores medios, lo que hace que a lo largo de su vida un actor tenga una pluralidad de “oficios” y por ende una multiplicidad de “identidades” (no es raro, por ejemplo, que un trabajador formal conozca períodos de trabajo informal, o que un asalariado “complete” su remuneración realizando una segunda actividad laboral fuera de su empleo principal). Ambos fenómenos describen un entorno donde la cohesión social se organiza a partir de una mayor porosidad societal.

Afirmar los procesos de individuación no implica en desconocer que los individuos se construyen socialmente y en condiciones socio-económicas muy diferente, y, por ejemplo, no son obviamente las mismas opciones las que existen, para un pobre latinoamericano cuando piensa en emigrar al extranjero para trabajar en forma precaria e ilegal en un país desarrollado, que las de un joven de clase media que se pregunta si debe o no estudiar en una universidad de renombre internacional y después quedarse a trabajar en una empresa multinacional. O cuando se trata de transgresión de la ley, pues un delincuente pobre tiene un destino muy diverso al de un rico, el primero será posiblemente preso y condenado sin una defensa adecuada, en cuanto al rico con sus recursos no sólo tendrá derecho a un amplio apoyo jurídico, eventualmente utilizará su dinero y/o contactos para corromper a la policía o al judicia-

rio. Se abre pues una agenda de investigación de las complejas relaciones entre individuación y estratificación social.

Por des-diferenciación de los subsistemas sociales nos referimos a la creciente erosión de las fronteras entre los subsistemas sociales, la interpenetración y la colonización de las esferas de poder (por ejemplo, la influencia del poder económico en la investigación científica, la influencia del judiciario o de los medios de comunicación en las decisiones políticas, el debilitamiento de la ética propia a cada profesión o función pública y la presencia creciente en la vida pública de temas anteriormente asociados con la vida privada). Pero a esta primera línea de desdibujamiento de las fronteras de los sub-sistemas se añade, en América Latina, una herencia histórica donde los subsistemas sociales tuvieron siempre baja densidad y autonomía, en particular porque la cultura de transgresión y de la imposición del poder económico y político debilitó enormemente la autonomía de los poderes públicos. El desafío latinoamericano es pues doble, construir subsistemas sociales autónomos en contextos donde una nueva cultura del capitalismo los debilita.

Por desinstitucionalización (o tal vez des-tradicionalización) nos referimos a la creciente erosión de los valores constitutivos de la modernidad y las ideologías dominantes en el siglo XX (familia, trabajo, patria, progreso) y de las formas de socialización y representación a ellas asociadas (escuela, conscripción militar universal, sindicatos, partidos políticos, ideologías universales) y su sustitución por formas más gelatinosas y fluidas de formas de sociabilidad y solidaridad. La tradición deja en mucho de ser una guía para la acción y los actores requieren fundamentar sus conductas a través de nuevos criterios que exigen una dosis creciente de reflexividad. Aquí nuevamente los desafíos son múltiples, pues la penetración de los valores universalistas de la modernidad, en particular a través de la escolarización, fue bastante deficitaria en nuestra región, si bien las diferencias entre los países varió enormemente (sólo como ejemplo, recordemos la distancia entre Uruguay y Bolivia).

Estos tres procesos, a su vez, están inter-conectados. La individuación afecta y es resultado de los procesos de des-diferenciación y desinstitucionalización, y lo mismo vale para los otros. En América Latina estas tendencias están sobre-determinadas por la heren-

cia de los altos niveles de desigualdad y pobreza y de un Estado patrimonialista. La dinámica de des-diferenciación es así, por ejemplo, particularmente afectada por la corrupción, que destruye la autonomía de los subsistemas del Estado, el sector informal que construye una economía paralela, de espaldas al Estado, y la violencia que privatiza la seguridad. En los procesos de desinstitucionalización sobresale la crisis de los sistemas partidarios tradicionales y la emergencia de actores colectivos con demandas fragmentadas y fragmentadoras de la política. Igualmente las dictaduras o la hiper-inflación en su momento no dejaron de marcar los varios procesos sociales y dejaron huellas que hasta hoy afectan la cultura política y las instituciones.

Estamos enfrentando por lo tanto los desafíos de la modernidad del siglo XXI a partir de una situación anterior poco virtuosa, y a través de procesos marcados por la extrema fragilidad del espacio público y la desigualdad social. Identificar cómo estas tendencias actúan es fundamental para pensar los enormes desafíos hacia la consolidación democrática en la región, pues los nuevos vientos que soplan fragilizan los esfuerzos de construcción de instituciones pero también traen nuevas potencialidades para el desarrollo de una cultura democrática.

La mayor individuación implica sobre todo un aumento de la autonomía y de la iniciativa personal, el cuestionamiento y la negociación constante de las relaciones sociales, lo que conlleva, al mismo tiempo, al aumento de la opacidad entre el mundo subjetivo individual y la sociedad. A lo anterior se le añade el que los grandes aglutinadores sociales del siglo XX han perdido su peso y que por ende vivimos una desinstitucionalización de viejos valores que está dando lugar a nuevas culturas asociativas y simbólicas. Hoy los jóvenes, por ejemplo, se reorganizan en nuevas formas de sociabilidad, de creencias y de solidaridad, donde el consumo, la industria cultural y nuevas formas de religiosidad pasan a ocupar un espacio sobre el cual tenemos algunas descripciones etnográficas pero que no han sido aún cabalmente integradas en el análisis político y sociológico.

Vivimos por lo demás en una época de colapso de las utopías seculares. Este colapso de visiones colectivas de futuro coloca una

enorme presión sobre los individuos, transformados en los principales vehículos de construcción de sentido de sus vidas, lo que reordena las formas en que se expresan las demandas colectivas. Éstas, como vimos, se expresan muchas veces en el lenguaje de los derechos humanos, demandas de Estado, o victimización de grupo, que se construyen en referencia a una injusticia actual o pasada. Si estas demandas y formas de victimización objetivan reparaciones y dan lugar a un reconocimiento que permite una mejor inserción en el mundo moderno, al mismo tiempo generan nuevas fuentes de tensión y fragmentación social.

### **América Latina: la sorpresa de la democracia desde abajo**

Pero a estas tendencias, en mucho comunes con otras regiones del mundo, aún es preciso añadirle un aspecto que, dado su contundencia, trabaja como telón de fondo de muchas de las conclusiones de este trabajo. *América Latina ha vivido –vive– una transformación democrática sin precedentes.* La novedad radical de este proceso puede describirse a partir de tres elementos: (a) la profundidad estructural del proceso en curso; (b) su generalización progresiva a todos los grupos sociales; (c) y el hecho de que el corazón de esta transformación se encuentre en la sociedad y en la cultura más que en el ámbito político-institucional. Retomemos rápidamente cada uno de estos puntos.

En primer lugar, esta democratización, si bien coincide en parte históricamente con el regreso a las democracias en los años ochenta, se diferencia empero radicalmente de otros períodos puesto que probablemente, por primera vez en la historia de la región, la democratización aparece realmente como el fruto de un conjunto de factores estructurales. A través de los procesos de urbanización, de globalización, de expansión del sistema educativo, de los nuevos sistemas de comunicación pero también a causa de las reformas estructurales, las sociedades latinoamericanas se individualizaron y democratizaron en proporciones históricamente inéditas. A pesar de la aparente continuidad que pueden transmitir ciertos indicadores de desigualdad y pobreza, las formas del tejido social, de asociación, y los universos simbólicos se han transformado pro-

fundamente en América Latina. En realidad, la vida social se ha transformado de manera más profunda que el Estado y la economía, pues la sociedad es más porosa y dinámica, incluyendo los avances en las relaciones entre los géneros y el reconocimiento de la diversidad étnica. La democratización de los universos simbólicos y de expectativas, con el cuestionamiento de las autoridades tradicionales, y en general con el fortalecimiento de una creciente cultura anti-autoritaria, es una de las revoluciones más profundas que ha conocido América Latina en las últimas décadas y que tiene impactos decisivos en todos los niveles institucionales, desde la familia y la escuela hasta las relaciones con las autoridades establecidas. Esta transformación, a la que regresaremos en un instante, tiene un enorme potencial liberador pero posee también riesgos para la cohesión social.

En segundo lugar, esta democratización no se confina ni a la sola transición entre regímenes (de los autoritarios a los democráticos) ni es únicamente perceptible en ciertas categorías sociales. Como lo hemos visto, en todos los ámbitos sociales y a través de todos los actores sociales, se hace sentir un anhelo igualitario –aún cuando la intensidad de éste difiera entre unos y otros. Las tradicionales relaciones verticales ceden progresivamente el paso a formas más horizontales, cuyo vigor y en todo caso exigencias son visibles en el mundo del trabajo, en las relaciones entre los géneros, las generaciones o los grupos étnicos, en las interacciones públicas y por supuesto con las autoridades políticas. Aquí también, por supuesto, este proceso es a la vez un germen de promesa y una fuente real de problemas. La antigua cohesión social basada en vínculos patrimoniales y jerárquicos ha sido ampliamente desestabilizada sin que por el momento se imponga aún, plenamente, una forma de cohesión social exclusivamente apuntalada en la igualdad. Pero, y a diferencia notoria con un pasado aún próximo, la transformación democrática ha sido masiva y generalizada. Tocqueville ha dejado de ser un autor extranjero en tierras latinoamericanas. Pero, como vimos es una versión particular que se impone, y que llega de la mano de otra religión civil, el discurso de los derechos humanos, y otros vehículos de organización social, de valores y prácticas sociales (medios de comunicación de masas, expectati-

vas de consumo individual y colectivo, transgresión de la norma).

En tercer lugar, y en contra de tantos pronósticos, el verdadero motor de este proceso democratizador no se encuentra en los sistemas políticos (y en la transición democrática) pero sí en la sociedad y en la cultura. Es sin duda una de las razones que hacen que, a pesar de su profundidad y de su generalización, esta transformación democrática sea aún insuficientemente teorizada y percibida en el continente. Tradicionalmente se supuso en América Latina que los cambios en dirección de la democracia debían provenir desde lo político, a lo más de la economía, pero jamás se pensó seriamente que éstos podían venir desde la cultura y la sociedad. En el fondo, y como nos hemos esforzado en mostrarlo sistemáticamente a lo largo de todo este estudio, es lo contrario lo que se ha producido. La cultura y la sociedad se han democratizado, en sus exigencias y en sus formas, de manera más honda y robusta que el sistema político e incluso que muchas instituciones.

La democracia que debía llegar “desde arriba” se produce “desde abajo”, sin duda con características, “deformaciones” y secuelas de un substrato institucional poco virtuoso. El ajuste del Estado a esta nueva realidad social pena en realizarse y frente a esta revolución ciudadana en curso, el discurso político aparece también muchas veces como muy rezagado. Esta transformación exige, por ejemplo, nuevas demandas fiscales que se traducen en impuestos y en una relación más estrecha entre el gasto público y el sentimiento de pertenencia de los ciudadanos. Lo que hace, dicho sea de paso, que la corrupción sea cada vez menos aceptable. Conjunto de factores que generan hoy nuevas y profundas frustraciones; pero conjunto de factores que podrán, mañana, anunciar una nueva relación ciudadana.

*En todo caso, es esta tensión democratizadora que se encuentra en el corazón de una dialéctica entre dos procesos, las expectativas y las iniciativas, que hemos masivamente subrayado en este estudio. Por un lado, existe hoy en día por doquier en América Latina un importante incremento de las expectativas de los ciudadanos (en términos de relaciones sociales más horizontales, de mayor consumo, de participación simbólica en la nación, de derechos, claro). Por el otro lado, y a pesar del conjunto de deficiencias institucionales que hemos su-*



brayado, es igualmente visible en la región un incremento de las iniciativas y de las posibilidades de acción de los individuos. Por supuesto, estos suplementos de acción con respecto al pasado no son uniformes (no todos los actores las usufructúan por igual) y son diversas entre sí (algunas se apoyan de preferencia en capacidades individuales otras pasan por recursos colectivos, y otras combinan ambas como lo hemos visto a propósito de la emigración). En todo caso, la dialéctica obtiene respuestas institucionales y da lugar a fenómenos sociales radicalmente diferentes en función de los ámbitos o países abordados, o de los actores estudiados. A veces, su conjunción anuncia indudables progresos democratizadores; otras veces, cómo negarlo, su separación, se traduce en peligros reales y profundos. La ambivalencia inherente a esta dialéctica hace que, por lo general, sea en efecto difícil anticipar en qué dirección terminarán por orientarse los cambios. Es pues sólo de manera muy global, y siempre bajo control de revisiones empíricas contextuales, que nos es posible, empero, diseñar tres grandes ecuaciones:

- La primera figura de esta dialéctica se produce cuando las expectativas se acrecientan sin correlato desde el lado de las capacidades de los actores para concretizarlas. Fue, como lo hemos recordado, una de las principales raíces históricas del populismo en los años 60 (cuando se produjo una sobrecarga de demandas al sistema político); y es, como lo hemos subrayado, una de las razones de la expansión de los fenómenos de violencia y del crimen organizado en la región, pero también, aún cuando con otros oropeles, de retornos populistas o de victimizaciones. El temor a las “masas” resume, hoy como ayer, esta visión. Pero ahí donde algunos imponen una lectura global, este trabajo sólo reconoce la pertinencia parcial de este diagnóstico.
- La segunda ecuación se produce cuando, y casi en sentido inverso a la figura precedente, el incremento de expectativas encuentra un correlato o una salida a partir de posibilidades de acción masivamente individuales. Subrayémoslo con fuerza: esta posibilidad fue hasta hace muy poco tiempo simplemente ignorada en la región a tal punto primó históricamente

una visión paternalista de los actores sociales. Desde el punto de vista de la cohesión social en democracia esta respuesta es portadora de una ambivalencia insuperable. Si por un lado permite encontrar salidas individuales a desafíos colectivos (emigración, horizontalización del lazo social, nuevas utilidades de los recursos comunitarios, creación gracias a la cultura de nuevos vínculos sociales), por el otro, impide, a veces, la búsqueda de respuestas, que no pueden sino ser colectivas o públicas, a ciertos problemas. En este sentido, el elogio sin ambages de la iniciativa individual es una trampa ideológica evidente. El incremento real de la iniciativa práctica de los actores en América Latina les permite sin lugar a dudas cubrir individualmente las brechas de las instituciones (y esto en todos los ámbitos de la vida social) pero no puede, de ninguna manera, constituir un horizonte político a largo plazo.

- Por último, la profundidad social y cultural de la dialéctica entre el aumento de las expectativas y las crecientes capacidades de acción de los actores individuales, nos invita a ir más allá de la constatación de una mera resolución personal de problemas colectivos, y buscar sentar sobre nuevas bases la articulación entre las instituciones y los individuos. Este es sin lugar a dudas el círculo virtuoso que deberá servir de hoja de ruta en los próximos años. Las instituciones no deben ni culpabilizar ni discapacitar a los individuos; deben, al contrario, pensarse de forma tal que logren incrementar eficazmente las iniciativas de los actores, generando así una adhesión de un nuevo tipo de éstos hacia ellas. El individuo no se opone a las instituciones. El individuo, en su fragilidad constitutiva, es el resultado de una manera de hacer sociedad. El debate político en la región y la larga tradición de oposición ideológica entre colectivismo e individualismo, impiden por lo general percibir la articulación estrecha e indispensable que existe entre la afirmación de las instituciones colectivas por un lado y la expansión de la autonomía individual por el otro. Sin lugar a dudas, y como este trabajo

lo muestra, este círculo virtuoso está lejos de ser una realidad plena en América Latina. Pero las premisas existen. Y en algunos ámbitos, incluso si, por el momento, bajo modalidades críticas (pensemos por ejemplo en el recurso creciente al derecho), empiezan ya a entreverse ciertas manifestaciones. Lo esencial en el fondo será comprender que la consolidación de las instituciones no podrá realizarse en detrimento de las crecientes capacidades de acción de la que hacen gala los individuos, pero apoyándose en ellas y ampliándolas.

América Latina vive hoy un problema mayúsculo de traducción institucional de sus formas de vida social. El punto deberá, sin lugar a dudas, recibir una atención particular en los próximos años. Durante mucho tiempo, en efecto, fue una constante en la región afirmar el desfase entre las instituciones y la realidad social, entre el país legal y el país real, suponiéndose, por lo general, que las primeras (bajo influjo extranjero) iban por “delante” de la segunda (y de los atavismos de nuestras sociedades). Al menos en parte, el razonamiento es hoy en día falso. En su conjunto, la transformación que ha sufrido el lazo social y la importancia creciente de las demandas ciudadanas hace que la “sociedad”, y los individuos, tengan por el momento incluso el sentimiento de estar por “delante” de sus instituciones. Éstas aparecen a la vez como un canal obligado e indispensable para sus reclamos, y como un obstáculo permanente a la traducción de sus aspiraciones.

*El futuro de la democracia se escribirá asociando y desarrollando el círculo virtuoso entre las instituciones y los individuos.* Esta asociación pasa por la reconstrucción de la autoridad, tanto entre las personas –entre políticos, funcionarios públicos y ciudadanos, y en las relaciones que suponen un diferencial de saberes o de posiciones de comando–, como el ámbito de las normas y las leyes. Si este problema se encuentra en el corazón de todas las sociedades modernas contemporáneas, en el caso de América Latina esta dificultad está exacerbada por la pérdida de respeto a la autoridad asociada a la corrupción, la cultura de la transgresión y los bajos índices de escolarización. Pensar la construcción de la autoridad sobre bases democrá-

ticas es uno de los desafíos centrales para las ciencias sociales latinoamericanas y para la elaboración de proyectos políticos democráticos. Pero la dificultad de enfrentar este tema se origina, para una buena parte de los intelectuales de la región, en la asociación mecánica del tema de la autoridad con el del autoritarismo o con la “derecha”. Pero esquivar el tema no elimina el peligro constante que la “falta de autoridad” alimenta tentaciones autoritarias.

### **Un nuevo desafío para el pensamiento social**

La dificultad de dar con un diagnóstico consensual sobre la situación del continente en lo que a cohesión social se refiere procede pues, en mucho, de este nuevo estado de cosas. ¿Hay hoy más o menos cohesión social que ayer? La construcción de indicadores “objetivos” apuntan, como se sabe, a responder a una pregunta de este tipo, pero lo hacen en desmedro de colocar una cuestión anterior: a saber, cuál es la *naturaleza* de la cohesión social. Si no se responde a esta pregunta, se termina por suponer que las series cronológicas están tratando el mismo fenómeno. La búsqueda por revelar las dimensiones cualitativas de este fenómeno, en nuestro caso lo que ha verdaderamente cambiado en América Latina al calor de este viento democrático, nos ha llevado a privilegiar una interpretación histórica de la transformación en curso.

Sucede empero que estamos mal preparados para pensar este desafío. ¿Por qué? Porque de alguna forma el proceso de des-sociologización y despolitización del pensamiento social latinoamericano, a causa de la invasión del economicismo, obstruyó el diálogo interdisciplinar. Entendemos poco y mal las nuevas dinámicas sociales de nuestro continente, y los análisis y diagnósticos del sistema político, difícilmente escapan a la conclusión que estos se encuentran en “crisis”, sin conseguir identificar las dinámicas y proyectos alternativos de reorganización del mundo político. El pensamiento social crítico latinoamericano pasa por una dificultad de reinención, después de la crisis de los paradigmas que lo sustentaron, primero el del vanguardismo que hablaba en nombre del

pueblo y, en las últimas décadas, al deseo de solamente ser expresión de los movimientos sociales (Sorj, 1989).

El énfasis unilateral en las cuestiones distributivas, y el uso excesivo y poco riguroso de los conceptos de inclusión/exclusión, llevó igualmente a perder de vista el tema y las necesidades de las clases medias, que constituyen un eje central para la estabilidad y la cohesión social. Para dar un solo ejemplo, estos sectores son un soporte central del funcionamiento de las instituciones públicas, pero este rol exige un ethos que depende en mucho del sentimiento que tienen los miembros de las capas medias de ser los defensores del bien común de la nación. Por supuesto, este sentimiento de inclusión nacional engendró en el pasado mecanismos de exclusión hacia otros grupos sociales, sobre todo cuando las clases medias, con o sin prejuicios étnicos, se apropiaron para sí mismas (y sus intereses) la encarnación de la “decencia” y la “civilización”. Pero cómo olvidar que este sentimiento de ser parte de la construcción de la nación, permitió, en muchos países de América Latina, durante el período desarrollista, construir instituciones que asumieron la “mística” del servicio público. En la actualidad, por el contrario, este ethos entre las clases medias se encuentra en organizaciones fuera del Estado y generalmente denunciadoras de éste, asociadas a agendas globales, mientras que el resto de estos sectores se sienten hastiados con la política y comienzan incluso a veces a perder el sentido positivo de pertenecer a la nación.

Desarrollar estrategias de desarrollo con equidad, en particular en contextos democráticos, exige pues pensar las relaciones complejas entre Estado, sociedad y sistema político. La fuerza del pensamiento cepalino clásico se encontraba, no en un paradigma dado de políticas económicas, pero en sus fundamentos intelectuales, en su sensibilidad frente a las especificidades históricas y las dinámicas sociales de la región.

Desigualdad y pobreza, por ejemplo, son conglomerados estadísticos que nos dicen poco, muy poco, sobre la vida social, los mundos asociativos y la construcción de sentido en curso en las sociedades latinoamericanas. Lo mismo vale para las categorías como inclusión y exclusión social. Sin duda que el acceso limitado a los servicios sociales, o las dificultades de ingreso en las oportunidades

del mercado de trabajo, son un elemento importante en la construcción de un sentimiento de exclusión. Pero, cómo no subrayarlo, este elemento supone una inclusión previa en expectativas de acceso e igualdad. Y este sentimiento no procede tampoco de una relación mecánica con índices socioeconómicos. Sentimientos de exclusión, de frustración y de anomia social están presentes en sectores con mejores índices de bienestar social (que serían los “incluidos”). La polaridad incluidos/excluidos ha llevado muchas veces a eliminar las clases medias del análisis de la dinámica social, a pesar de que éstas continúan siendo uno de los ejes fundamentales de la vida política en la región.

Debemos entender por lo tanto los nuevos modos en que se estructuran los universos simbólicos y asociativos en América Latina. Porque las formas en que las expectativas son elaboradas por los actores sociales y las estrategias individuales y colectivas para realizarlas no se expresan en forma mecánica o exclusiva en términos de demandas al sistema político. Las expectativas sociales canalizadas en nuevos grupos asociativos (ya sean religiosos o culturales), en expectativas y realidades vinculadas a la emigración, en comunidades virtuales o en consumo de bebidas, drogas o música, integrando pandillas y participando del crimen organizado, no se encajan en la dualidad simple de integrados/excluidos. Los múltiples rostros de la cohesión social obligan al pensamiento social latino-americano a renovar su imaginación teórica, retomando el esfuerzo de sus clásicos.

### **Reinstitucionalizar la política**

Pensar la política en las sociedades modernas es, antes que todo, pensar en un proyecto colectivo capaz de producir la sensación de compartir un sistema de valores y creencias comunes, al mismo tiempo que cada individuo persigue sus intereses personales. La política democrática no puede abandonar la construcción de proyectos de nación, dentro del cual los individuos encuentran valores comunes, el sentimiento de ser parte de un destino común y de una comunidad nacional con la cual se identifican positivamente y encuentran elementos de dignidad y auto-reconocimiento, al mis-

mo tiempo que se reconoce la legitimidad de la diversidad de intereses y visiones del mundo de grupos e individuos. La cohesión social en democracia pasa en América Latina por instituciones capaces de absorber y expresar los conflictos como parte constitutiva y legítima del orden social, insertándolos así en el corazón de la vida social.

¿Por dónde se construye el cambio capaz de producir instituciones y políticas de calidad, en la cual la participación y el control ciudadano no se reduzcan al voto o a explosiones periódicas de insatisfacción? La lucha contra la dictadura nos llevó a sobre-valorar la capacidad de la sociedad civil que en democracia se construyó como demandadora del Estado y no como mecanismo de representación política, capaz de elaborar visiones transformadoras de las relaciones de poder y los sistemas de distribución. La oposición radical entre Estado/mercado, tampoco es de gran ayuda. Cuando la síntesis entre nación y política no se realiza en términos programáticos y por mecanismos de representación política institucionalizados y transparentes, ella se transfiere a líderes circunstanciales que consiguen expresar los anhelos frustrados de la comunidad. La política pasa a ser el resultado del surgimiento de líderes capaces de catalizar estas aspiraciones populares, transformando los destinos de nuestros países en rehenes de cada elección.

El objetivo exige recolocar en el centro del debate el tema de los modelos de sociedad que el ámbito político es hoy incapaz de expresar, lo que incluye pensar la reorganización de los sistemas de participación social, representación partidaria y discursos políticos. La discusión, necesaria, de políticas públicas, permite lograr diagnósticos claros y definidos sobre cómo maximizar recursos escasos con objetivos claramente definidos, mientras que el debate sobre los modelos de sociedad implica tratar, sin tapujos, áreas donde existen conflictos de intereses, visiones diferentes de una sociedad deseable y apuestas diversas sobre lo que es posible. La política que supone modelos de sociedad no son sin duda posibles sin políticas públicas coherentes y viables (*policy*), pero el espacio de debate sobre el tipo de sociedad en el que se desea vivir no puede, en absoluto, reducirse a una lista de políticas públicas por bien inspiradas que sean. La política, sobre todo en una región como América Latina, no se reduce nunca a la ingeniería social.

Esto no significa un retorno a visiones milenaristas donde en cada elección se busca reinventar la sociedad, o de elaborar “proyectos” para la nación, que contienen la solución a todos los problemas. Por el contrario, se trata de pensar la política como un proceso permanente, donde se colocan en el debate público diferentes soluciones para enfrentar problemas específicos y al mismo tiempo dentro de visiones normativas que reconocen que la sociedad está permeada por conflictos de intereses mutuamente legítimos.

¿Cómo avanzar en esta dirección? No creemos que la oposición ortodoxo/heterodoxo, o Estado/mercado, ayude a elaborar alternativas creativas de estrategias de desarrollo. Como lo hemos indicado en el último capítulo, es necesario renovar el modelo reformista-tecnocrático, que tuvo como mérito, por lo menos en algunas de sus versiones, enfatizar la responsabilidad y la transparencia fiscal, la estabilidad monetaria, la reducción de la interferencia clientelar del Estado en los mecanismos del mercado, el reconocimiento del papel del sector privado y políticas sociales orientadas por criterios de eficiencia y focalizadas en dirección de los sectores más pobres de la población. Pero, a falta de una política de sentido, rápidamente este reformismo-tecnocrático enfrentó límites evidentes.

El nuevo discurso político deberá interpelar no sólo al “pueblo” o a las “masas”, también a los individuos, dirigiéndose a ellos como ciudadanos responsables susceptibles de fiscalizar la acción del Estado. La reconstrucción de las instituciones políticas implica sobre todo repensar las relaciones entre individuo, redes y pirámides (esto es, núcleos duros de poder, como el Estado y las grandes empresas). La mayor individuación y la multiplicación de redes fluidas no significan la desaparición de los centros de poder, pero los ha doblemente transformado, tanto en su seno mismo como en relación con su entorno. Las estructuras del Estado deben ser cada vez más permeables a la interacción y al control ciudadano, so pena de aparecer como instituciones obsoletas. En este sentido es fundamental expandir la percepción actual de que quien paga los impuestos son solamente los empleados y empresarios del sector formal. Todos los productos consumidos son tasados, por lo que todos pagan impuestos (y ello con más razón aún que en la mayor



parte de los sistemas fiscales de la región los impuestos a la renta no representan sino una parte menor de la recaudación fiscal). Desenclavar a las clases medias y altas del sentimiento que éstas tienen de ser las únicas financiadoras del Estado, e incrementar entre las capas populares el sentimiento de su rol en la financiación del Estado, son dos aspectos indispensables para que se expanda una conciencia ciudadana con mayor voluntad fiscalizadora del gasto público en la región. Aquí también el círculo virtuoso pasará por la articulación entre instituciones colectivas e iniciativas individuales.

### **Inclusión ciudadana, nación y cohesión social en democracia**

La valoración unilateral del mercado y la presentación de políticas sociales como simplemente compensadoras de sus fallas, representan un empobrecimiento de la sociedad y de las dimensiones simbólicas de la política y de la provisión de bienes y servicios públicos. Estamos lejos en América Latina, y es incluso difícil saber si en algún momento nos identificaremos plenamente con una cultura individualista y valorizadora del mercado, capaz de aglutinar y crear por esta vía un sentimiento de comunidad. No sólo por las obvias limitaciones que el mercado tiene actualmente (y su incapacidad en ofrecer a buena parte de los ciudadanos la sensación de que las oportunidades y recompensas que él ofrece son justas), sino también porque la tradición republicana y el papel del Estado-protector (con fuertes connotaciones paternalistas) son componentes de larga duración de nuestras culturas, con la cual debemos dialogar, si queremos transformarla.

La cultura nacional constituye un bien común de una sociedad. Es una riqueza intangible e inconmensurable y su valor es actualizado, potencializado, desvalorizado o destruido, por la acción de los ciudadanos y los líderes políticos, en particular cuando es transformada en nacionalismo xenófobo. Paradójicamente los procesos de globalización hicieron a los ciudadanos mucho más conscientes de la nación donde viven. No sólo por el impacto de los nuevos medios de comunicación como por la actuación de las institu-

ciones internacionales, orientadas por agendas cosmopolitas que, al establecer índices relativos de cada país en el sistema internacional, fortalecieron la sensibilidad de cada individuo sobre el “valor” relativo de la sociedad en que habita. Este nuevo nacionalismo reflexivo puede ser tanto un factor de desvalorización de la conciencia nacional como un agente de movilización y motivación de los ciudadanos.

Para avanzar en esta dirección debemos elaborar (en un esfuerzo colectivo que exige la participación de cada segmento social, desde su ángulo específico de actuación –científicos sociales, tomadores de decisión, políticos, sociedad civil) nuevos discursos políticos, capaces de generar proyectos nacionalistas no-xenófobos, nuevas formas de asociativismo y de participación que refuercen (o reconstruyan) el sistema institucional. América Latina llegó políticamente a la democracia en gran medida por causa de la crisis de los regímenes autoritarios. Llegó la hora de darle un contenido con el cual la sociedad se identifique.

Esto exige, como punto de partida, comprender mejor en qué sociedades vivimos, qué conflictos y cohesión social ellas generan, y qué posibilidades se abren al discurso y a los actores políticos, que son la cadena de transmisión entre la sociedad y el Estado. No podemos olvidar que la cohesión social y la democracia, como tantas veces ya sucedió en el continente, no sólo pueden dar lugar a síntesis fructíferas sino que también pueden entrar nuevamente en colisión.

Las naciones latinoamericanas en este inicio de siglo deben responder a agendas que se originan en buena medida en los países del norte. En esto no hay novedad histórica ni demérito. El objetivo es lograr enfrentar los desafíos que nos llegan, pero no el discurso en que están envueltos y menos aún las soluciones específicas. En América Latina (salvo quizás en algunos países), los temas de pertenencia étnica como alternativa o en confrontación con la participación nacional no están hoy realmente en el tapete de la discusión. Lo que se cuestiona y afecta el sentimiento de dignidad y orgullo nacional no es la identificación de los ciudadanos con la nación sino el de la ciudadanía con las instituciones políticas. Si bien existen muchas cosas a mejorar en la integración de las pobla-

ciones indígenas y en la lucha contra el prejuicio y el racismo, los problemas de pertenencia en América Latina son diferentes de aquellos que enfrentan, por ejemplo, Europa o los Estados Unidos. Estos desafíos expresan fundamentalmente fracturas sociales más amplias que afectan, aún cuando desigualmente, al conjunto de la ciudadanía: las enormes desigualdades, las limitadas oportunidades de un trabajo decente y las insuficiencias de las instituciones públicas, que llevan a muchos a emigrar y a otros a alejarse y descreer de las instituciones democráticas.

Pensar estrategias de transformación social incluye, sin duda, elaborar políticas públicas más eficaces y socialmente justas, pero sobre todo, depende de nuestra capacidad de identificar el momento histórico y las estructuras sociales de nuestros países, a partir de los cuales se puede construir alianzas y nuevos discursos capaces de aglutinar nuevos consensos que, transformados en acción política, permitan la transformación del Estado.

Una visión estrechamente centrada en temas de políticas públicas tiende a olvidar que en las sociedades democráticas modernas son igualmente fundamentales las visiones/proyectos de sociedad con las cuales la mayoría de los ciudadanos puede identificarse y gracias a ellas sentir que la democracia es un valor central para sus vidas. Un esfuerzo que pasa cada vez menos por la generación de un nuevo actor colectivo con densidad política y organizacional y cada vez más por la capacidad colectiva y de ir forjando proyectos comunes en torno a objetivos. No habrá cohesión social sin un amplio debate político sobre los proyectos que profundicen la democracia en el continente, y para ello habrá que superar tanto la añoranza por un pasado sin retorno como la celebración apologética de lo nuevo.